



Cuentos de Hadas para todos

Autora texto e ilustraciones: María Jesús Verdú Sacases
Técnica ilustraciones: Acuarela/Pastel

<http://mjesusverdu.jimdo.com/>
<http://zonailuminada.blogspot.com.es>



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)



El príncipe del bosque

Érase una vez un príncipe que harto de la vida tediosa, fácil y fastuosa de palacio, quiso experimentar el otro lado de la balanza. Así que partió para vivir solo en el campo. Con sus propias manos construyó una casa en un claro en el bosque y empezó con su nueva vida fresca, sencilla y humilde. El príncipe adoraba despertarse con el canto melodioso de los pájaros, con la caricia de los rayos del alba y con el olor a tierra fresca que embriaga el bosque en las primeras horas de la mañana. Esas sensaciones lo conectaban con la protección del regazo de la madre tierra, la cual amparaba a su hijo a través de la belleza que irradiaba la naturaleza que el príncipe tenía el honor de presenciar en cada instante.



-Me siento el rey del bosque- murmuraba el príncipe, mientras sonreía para sus adentros.

El príncipe se sentía tan en paz consigo mismo y con el entorno natural y mágico que lo rodeaba que él, a veces, al atardecer parecía escuchar el latido que provenía del corazón la brisa, mientras ésta jugaba con los cabellos del monarca.

Cuando finalizó la construcción de su casa en la naturaleza, el príncipe sembró la tierra y con esfuerzo y sudor, empezó a cosechar sus frutos.

Un día, se acercó a la casa del príncipe un antiguo sirviente del éste y él lo acogió en su hogar de olor a madera joven. El sirviente construyó en él un horno de piedra y de leña para cocinar pan y otros víveres que luego vendía en el mercado junto a los frutos que daba la tierra de cultivo. Ambos trabajaban duro y su recompensa era la paz que sentían en su corazón y la ligereza y la liviandad con que experimentaban el ser tan lejos ahora de los entresijos, de las murmuraciones y de la algarabía de palacio.

El sirviente también construyó un pequeño granero junto a la casa. A veces notaba que pequeñas cantidades de grano desaparecían pero eran tan insignificantes que se olvidó del asunto.



El príncipe y su sirviente, ahora amigo, acababan tan cansados al llegar la noche que no notaban la presencia de unos discretos y minúsculos seres que durante la noche colaboraban en las tareas de limpieza del hogar y también correteaban y jugaban en el jardín de la casa. Un día el príncipe no podía dormir y los descubrió y vio como varias alas y piernecitas se marchaban revoloteando a gran velocidad y con nerviosismo para esconderse en el reducido espacio entre las cortinas y los cristales de las ventanas en un movimiento en zigzag que no parecía propio de los insectos. Sin embargo, el príncipe no le dio importancia.

Al despertarse, en la casa del bosque del príncipe se recibió un mensaje del pregonero del reino anunciando el bautizo del sobrino del príncipe. No podía faltar. Así que el príncipe y su sirviente asistieron al evento con gran ilusión. Fueron recibidos en palacio con pompa y honores y, acto seguido, pudieron conocer a la encantadora criatura protagonista de la fiesta.

El príncipe y su sirviente se quedaron a solas con el bebé, mientras éste sonreía, pero era una sonrisa especial. Entonces ambos se dieron cuenta de que el niño no les sonreía a ellos sino a los seres de luz que había tras ellos: hadas, duendes y elfos que no habían podido resistir la tentación que deleitarse con la presencia del niño y jugar con él.

El príncipe y su sirviente se retiraron silenciosamente para permitir tan tierna escena. Sin duda, ellos no habían acudido solos a la fiesta. Los habían seguido los seres de luz que cada noche bendecían con su presencia el hogar del príncipe.



-Ellos son los que se comen el grano que desaparece del granero –pensó el sirviente.

-Ellos son los que limpian la cocina por las noches –pensó el príncipe.

Pero ambos guardaron el secreto.

El príncipe y la brisa

Érase una vez un príncipe que vivía ostentosamente en su palacio en el bosque. Sin embargo, él soñaba con bailar con la brisa. Por eso miró con el corazón al sol del alba y le pidió que le brindara su deseo pues su manifestación le acercaría a la libertad. Un rayo de luz penetró en su pecho y le susurró que el secreto se encontraba en escuchar el latido de su corazón. Así que el príncipe se retiró a sus aposentos reales y en su quietud trató de escuchar su propio latido. No podía, pero el rayo de luz, que seguía estando en su corazón, le aconsejó que siguiera con su empeño. El príncipe siguió concentrándose en su propósito y aunque no conseguía escucharlo, sintió la vida que brotaba de su corazón y cómo se esparcía en la energía de su cuerpo. Supo que aunque hay cosas que nos cuesten, no por eso debemos desatenderlas, e, incluso, cerrar la puerta a otras posibilidades.



El secreto está en mantener abiertos los ojos de nuestro corazón y serenar nuestras emociones.

El príncipe pensó que bailar con la brisa le proporcionaría un estado de alegría y de ligereza, libre de cargas. Y eso era lo que más ansiaba.

Pasaban los días sin resultados pero, sin embargo, él era feliz en el proceso pues cada vez más abría los ojos hacia sí mismo y a los que le rodeaban. Notó que él sonreía más y que a la vez veía la sonrisa en los demás.

-No he bailado con la brisa, pero no por eso dejo de sentirme satisfecho pues un nuevo impulso se está aposentando en mí y me está dotando de una seguridad que me lleva a manejarme en paz con la fuerza que me lleva..



Pasaban los meses y un día, cuando el príncipe no lo esperaba, la brisa se topó con un corazón noble tan henchido de paz, que incluso para alguien de espíritu tan libre como ella, resultaba imposible rendirse a él. Y cuenta la leyenda que desde entonces dos corazones bailan juntos una melodía espiritual y bella que entenece a quien la escucha...

¿Quieres ser tú?

La sirena y el niño buceador

Érase una vez un niño que adoraba el mar. Solía bucear para admirar y recrearse en el mundo marino y lo hacía con tanto amor y respeto que hacía unos días que venía siendo observado por una sirena. Un día ella se le acercó, atraída por el corazón sensible y la autenticidad que irradiaba el niño. El niño la saludó y le pidió que fuera su amiga en sus inmersiones acuáticas. La sirena lo acompañaba y le mostraba tesoros ocultos, consciente de que podía confiar en el alma noble y bondadosa del niño.



La sirena disfrutaba de largas estancias en el mar y breves, en cambio, en el aire junto al niño y, el niño, a la inversa, aunque cada vez conseguía alargar la duración de sus viajes al mar gracias a la creciente capacidad de sus pulmones. En cierta manera, ambos permanecían en el mar y en el aire de forma opuesta, la sirena más en el mar y menos respirando en el aire, y el niño, al revés, pero era como si el destino hubiera reunido a ambos para conciliarse con sus opuestos.

La sirena le contaba cuánto le inquietaba la contaminación que envenenaba el fondo marino y el niño le respondía que cada vez existía una mayor conciencia ambiental pero que aún quedaba camino por labrar.

Por las noches, la sirena recorría los caminos relucientes que la luna y las estrellas tejían en el mar para llenarse del magnetismo y de la energía de la luna y esparcirla después en las profundidades. Se preguntaba como caminar, sentir la tierra bajo sus pies, como sería respirar el aire siempre, escuchar sonidos que no fueran los marinos o percibir la caricia del viento o el susurro del aire en el oído. A su vez, el niño antes de dormirse pensaba en su sirena, en cómo debía estar disfrutando del eterno contacto con el agua y la sensación de ligereza, liviandad y libertad que otorga el deslizarse en el arrecife coralino, nadando entre la belleza y el colorido de las especies que lo habitan. Se preguntaba como sería no sentir nunca el peso del cuerpo, ¿tampoco sentiría ella el peso de las emociones?

Por la mañana el niño se zambullía en el agua y su sirena esperaba a su invitado para seguir compartiendo con él los secretos del océano y así, entre ellos, fue creándose este punto de encuentro hasta el día de hoy.

El hada y el niño del planeta sombrío

Érase una vez un niño que vivía en soledad en otro planeta. Era un planeta sombrío donde el niño se sentía alicaído y apático. A veces un rayo de luz pretendía llegarle al corazón para despertarlo de su estado de letargo emocional, pero el niño ni tan sólo podía sentirlo.

Un hada receptiva dejaba caer su luz, vertiendo amor y alegría a través del latido del niño. Pero el corazón del niño estaba cerrado, ensimismado en sus sentimientos de tristeza. Pero el hada no se desanimó. Ella le enviaba constantemente tanta luz que al final al niño le pareció ver al mismo sol frente a él.

-¿De dónde procedes, luz?- preguntó el niño.

-Soy un hada que procede de tu corazón –le respondió la voz del hada.

-¿Por qué yo? –le preguntó el niño.

-¿Por qué no? –le respondió el hada con otra pregunta.

-Porque la vida a veces se nos escapa y nos parece que ya es tarde –le respondió el niño.



-¿Qué quieres recuperar?- le cuestionó el hada.

-Mi luz. Me siento apagado –le confesó el niño.

El hada agitó su varita mágica con una mano y con la otra sembró nuevos y esperanzadores caminos de luz para el niño, con escenarios alegres y llenos de sonrisas, para que ese niño pudiera conocer la felicidad y sentir en su corazoncito la bendición de vivir.

El niño esbozó una sonrisa, mientras sentía como se le abría el pecho y escuchaba latir a su corazón más fuerte. El sonido del latido lo unió poderosamente a la fuerza del ahora y a la vitalidad que reside en cada instante. El niño estaba experimentando un milagro y cuando logró ver el rostro del hada acarició la belleza y la magia. La cara del hada le abrió al optimismo y le regaló un nuevo mundo en el que el niño se vio tal como era.

-Reflejarse en lo que uno es y ser espejo del propio corazón es el don que te otorgo para tu nueva vida- le dijo el hada, que se marchó volando, prometiéndole regresar y velar por él.

Cuento del reino de los cuentos de hadas

Érase una vez un reino encantado llamado el reino de los cuentos de donde de las flores brotaban cuentos y de las palabras de sus habitantes emanaban raudales de fantasía e imaginación que tenían encandilados a los niños que habitaban ese lugar tan especial.

Los cuentos tomaban las calles de esa población de cuento de hadas, abrazada por un bosque y un valle de tal belleza que monarcas de los alrededores solían visitar fascinados por la fantástica vibración y encanto que se sentía en cada paso.



El lugar más atareado del lugar era la imprenta la cual echaba chispas y trabajaba a toda prisa para dar respuesta a la demanda literaria de las gentes para leer cuentos para sus nietos con el calor de la lumbre de hogares bañados de estrellas y repletos de inocencia infantil.

Los cuentos representaban el cultivo de la parte espiritual e intuitiva a la que los niños siempre están receptivos. Un trovador del reino siempre llevaba libros en sus viajes y cantaba y representaba a sus personajes en otros lares. Una vez una hermosa princesa quedó tan fascinada con estos relatos de hadas, duendes, animalitos y otros personajes mágicos que creó amplios jardines para que los seres alados, como los duendes, se instalaran en ellos y susurraran a los niños historias de luz que les hiciera bailar el alma. Esos jardines se asemejaban a paraísos naturales donde estanques con patos y arboledas de ensueño se enseñorearon del lugar. Sucedió que los cuentos del reino de los cuentos se escaparon a los fantásticos jardines de este reino que los acogió con amor e ilusión.



El monarca del reino de los cuentos se quedó desesperanzado pues los más fructíferos creadores de cuentos también partieron hacia esos jardines divinos donde las palabras corrían tras los niños. Triste y desolado el monarca lloró tanto que un hada se acercó a él y le dijo:

-Aferrarse y depender de elementos de nuestro entorno acaba revelándonos nuestras debilidades. Todos somos creativos y ésta fluye libremente del corazón. Toma pluma y papel e intenta escribir cuentos. Yo te ayudaré y te soplaré sabiduría hadada con el poder de despertar a los niños.

El monarca se fue a la imprenta entonces vacía y con las máquinas paradas para abrir su corazón a su pluma la cual parecía haber cobrado vida pues no paraba de escribir y escribir. Numerosas historias empezaron a salir de los dedos de ese monarca de corazón abierto, revelándole la verdad de que en nuestro interior existe un foco infinito de un talento único e innato que asombrosas circunstancias del entorno se encargarán de que aflore a la luz. Las historias del monarca llegaron tan lejos que revitalizó la creatividad de ese reino de los cuentos perdidos para convertirse en el reino de los cuentos nacidos del corazón.



Los niños se apelotonaban para poder disfrutar en la escucha atenta de esos cuentos de su rey y sus colaboradores. Este monarca imprimió tal pasión y devoción en su recién descubierto talento que contagió rápidamente a su entorno y sorprendentemente incluso los mismos niños escribían cuentos dando lugar a un notable cuerpo de contadores de cuentos cuyos relatos arrasaban allá por donde eran contados. Estos cuentos llegaron incluso a los jardines de la princesa, empezando a competir con el nuevo cuerpo de contadores de cuentos.

Un día el hada que antaño se había aparecido ante el rey le dijo:

-¿Por qué competir cuando podéis completaros los unos con los otros, colaborando y compartiendo conocimientos para disfrutarlos con los demás?

El rey contactó con la princesa y de inmediato el cuerpo de contadores de cuentos trabajó en equipo con los seres alados que habitaban los jardines y, de este modo, comenzó un pacto de una fructífera colaboración entre el reino de los humanos y el reino de los seres de luz como las hadas, los elfos, los duendes y los gnomos. Este pacto todavía hoy continúa vigente y si alguna hada está cerca de ti, te guiará hacia esos reinos reales donde los cuentos infantiles cobran vida en cada palabra.

El Duende de la Ilusión y el Hada Celeste

Érase una vez un duende llamado el Duende de la Ilusión a quien le encantaba divertirse. Así que era capaz de bailar todo el día, simplemente sabiendo reconocer la música de su corazón. El Duende de la Ilusión se sentía inmensamente feliz siendo capaz de bailar al son del divertido latido de su corazón. Sin embargo, también deseaba compartir tan bellos

momentos con alguien con la sensibilidad necesaria para marcar los pasos de tan rítmico baile...

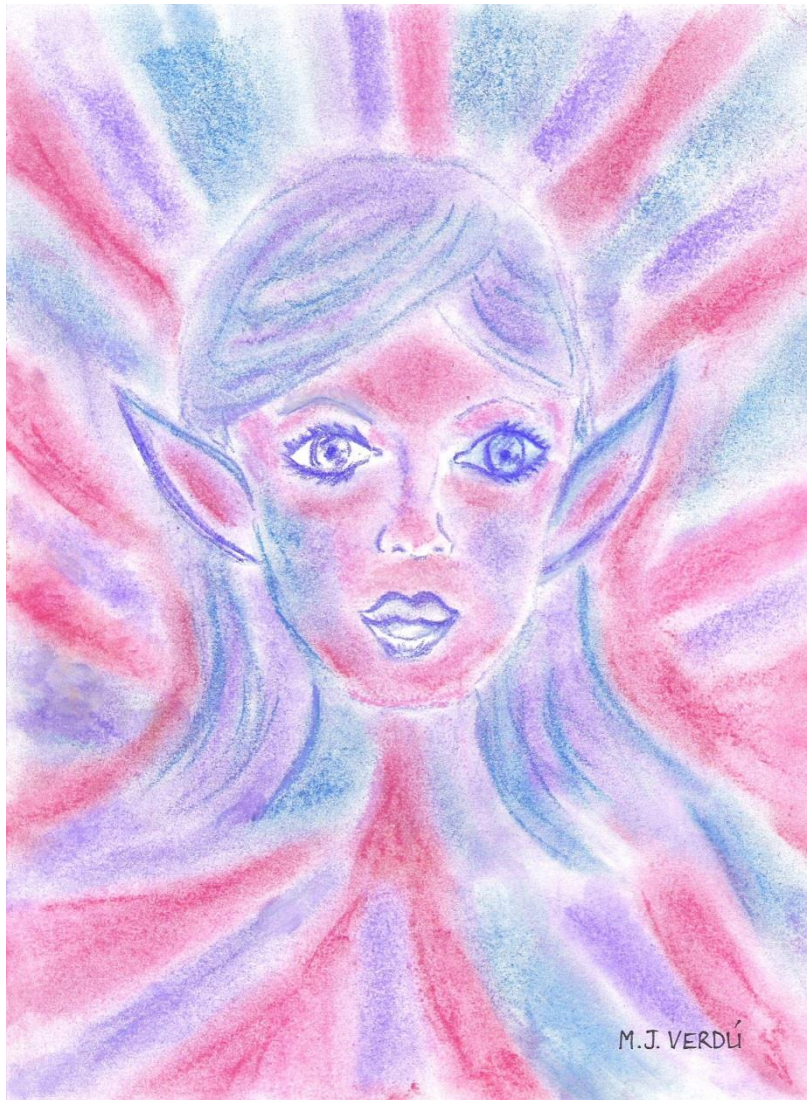
Por la noche el Duende de la Ilusión husmeaba en los sueños de los humanos, esas criaturas tan ensimismadas en los quehaceres de sus vidas cotidianas, que se olvidaban de disfrutar. Pero los humanos poseían un don: a través de sus sueños nocturnos podían dar rienda suelta a su inconsciente lo que daba origen al más variado contraste de imágenes oníricas. Algunas de ellas eran tan originales y creativas que incluso tenían la virtud de hacer sentir bien al Duende de la Ilusión.



A veces el Duende de la Ilusión bajaba a visitar los sueños de los humanos con su más fiel aliada: el Hada Celeste, la cual era capaz además de contemplar esas imágenes, de interpretar las emociones que aparecían ligados a esos sueños. Al Duende de la Ilusión le encantaba descifrar el significado y los sentimientos que acompañaban a la estructura de los sueños de la especie humana. Lo encontraba un misterio fascinante de resolver.

Además al Duende de la Ilusión le chiflaban los sueños felices y solía bailar en ellos junto al Hada Celeste, pero, una noche ambos se perdieron en las lágrimas que nacían de la angustia y la tristeza de una pesadilla de una chiquilla. El Duende de la Ilusión y el Hada Celeste trataron de escapar del sueño, corrían en todas direcciones pero les resultó imposible salir:

-Tranquila, hada –le dijo el Duende de la Ilusión–, escaparemos cuando la chica despierte.



Sin embargo, cuando la chiquilla despertó, el Duende de la Ilusión y el hada siguieron atrapados en ese mal sueño porque la chica era incapaz de apartar de su mente la pesadilla que había soñado la noche anterior. Así que el Duende de la Ilusión y el hada vagaron por los pensamientos negativos de la chica, prisioneros de esa cárcel intangible. Eran esclavos de sus emociones más ocultas que ahora bañaban cada momento que ella vivía. Desde esa posición, ambos sintieron en lo más profundo de su alma, el frío de las lágrimas de la chiquilla, el bloqueo y el sufrimiento que regaba su corazón de un dolor tal, que el hada y el Duende de la Ilusión nunca habían sabido reconocer en nadie. Dispersos en la mente de la chiquilla, decidieron idear un plan para añadir una ráfaga de alegría a ese martilleo incesante de negatividad que se había convertido en un peligro para el equilibrio emocional de la chiquilla y a la vez ponía a prueba su fortaleza interior. Sin embargo, era evidente que su fuerza emocional se tambaleaba por momentos.

El Duende de la Ilusión soplabla con fuerza destellos de ilusión y amor en dirección al corazón de la chica y el Hada Celeste, a lomos de su fiel unicornio mágico, envió al subconsciente de la joven una lluvia de estrellas de tal magnitud que la joven miró al cielo y vio que las estrellas que de ahí colgaban habían nacido de un lugar tan profundo y cautivador que con tan solo mirarlas, su corazón se enternecía y dejaba de llorar. Ese lugar donde nacieron las estrellas se reflejaba en el espejo de los ojos de la joven y ella pudo reconocer su poder gracias a la brisa de serenidad que se desprendía de los pasos

apresurados del Hada Celeste y del Duende de la Ilusión, que regresaban a su mundo encantado...

El muchacho que creyó en sí mismo y en los demás

Érase una vez en un lejano reino un muchacho que desde su nacimiento aprendió a crear y a seguir a su corazón. Él fue consciente desde el principio de su papel de creador. Esto le procuraba una existencia pacífica y auténtica donde el esplendor de su ser se manifestaba de forma natural y espontánea en todo momento. Por esta razón, el muchacho se sentía bendecido en cada minuto del ahora y podía percibir claramente el milagro latente en todo lo que veía.



Cada instante de quietud le proporcionaba una visión sagrada de la vida y de profundo entendimiento y respeto por todo lo que le rodeaba. Esta actitud de observación, interacción y sensibilidad hacia su entorno le permitió graduarse y prestar sus servicios en la edad adulta en una institución al servicio de los demás.

Las paredes del edificio donde trabajaba eran acristaladas por lo que la luz se filtraba a través de los cristales, volviéndolo todo calmo y transparente o del colorido de los rayos de la luz del sol los cuales se dejaban caer sobre las escaleras blancas para transformarlas en un hermoso arco iris de colores cósmicos sobre el que las hadas, elfos, duendes y gnomos derramaban sus dones y bendiciones.

En ese edificio todos recibían de forma sutil la magia del reino de las hadas por lo que la creatividad y la expresión del alma y del corazón eran la nota que componía la melodía del día a día.

Las nubes se dejaban caer mansamente sobre los cristales de ese edificio tan elevado, limpio y puro que parecía un templo donde la paz infinita hacía estallar la belleza que todos llevamos dentro y que sale a relucir en el cumplimiento de nuestra misión de vida.

El muchacho, ahora convertido en adulto, se sentía en un estado de completa serenidad y liviandad, cuando seguía adelante con su propósito lo cual, a su vez, le proporcionaba el coraje, la claridad, la sensatez, la determinación y la paciencia necesaria para seguir llevándolo a cabo. Ese adulto todavía sentía su espíritu de muchacho danzando con la lluvia y jugando con la brisa. Con el paso de los años no se sentía apesadumbrado o pesado, al contrario, se mostraba cada día más agradecido y seguro de sí mismo.



Sin pretenderlo, pues el ahora adulto era desapegado pero comprometido con la escucha y la expresión de su corazón libre, había conseguido crear un aura de arte y de habla del alma alrededor del edificio acristalado y luminoso que llegó a oídos del soberano de dicho reino. Por este motivo, el rey visitó al que había sido un muchacho sincero y abierto para felicitarle por haber permitido y facilitado que muchos desnudaran sus dones, talentos y virtudes a través del arte del corazón. Él había dejado ser sin juicios, libre de condicionamientos pero enraizado en el amor incondicional que nada exige y que se alza en los cimientos de nuestro edificio interior. Ese edificio emocional cálido y cristalino como el agua del río y que nos hace libres como chiquillos que corren tras los pájaros para aprender a abrir y batir sus propias alas en el vuelo del ahora, ese vuelo que no debemos permitir que se nos escape...

El pájaro y la estrella

Érase una vez una estrella del cielo que se preguntaba cómo sería caminar sobre el planeta al cual ella iluminaba cada noche, o cómo sería caminar o sentir la brisa sobre su piel. Así que le pidió al Hada de la Luna que por un sólo día la transformara en pájaro para poder

sentir la libertad de volar en el firmamento, de disfrutar de la belleza de este planeta y de sentir la tierra bajo sus pies.



El Hada de la Luna le concedió su deseo y la primera sensación que tuvo la estrella, ya convertida en pájaro, es la de haber perdido su luz, sin embargo, su instinto animal la orientaba.

La estrella-pájaro saboreó por vez primera el placer del vuelo en libertad, el placer de dejarse llevar a la merced del viento, sin batir sus alas, simplemente, manteniéndolas desplegadas e inmóviles para entregarse a los caprichos del movimiento de la corriente del aire. El ahora pájaro supo lo que era atravesar una nube y sentir la agradable sensación de la calidez de los rayos del sol envolviéndole su alma animal.

-¡Uy! Puedo cantar –dijo la estrella-. ¡Qué trino más cautivador y melodioso sale de mí!

Y con su hermoso cantar, el entonces convertido en pájaro, recorrió sin parar de cantar y piar las colinas y los valles, mientras se dejaba seducir por la belleza natural de nuestro planeta.



Un pájaro de bello plumaje se acercó a él y le pidió si podían compartir vuelo en aquella aventura y ambos siguieron surcando los cielos. También encontraron otros pájaros en su camino.

Los dos pájaros empezaron a sentirse sedientos y se posaron cerca del río para saciar su sed.

¡Qué ligera, escurridiza y cristalina le pareció el agua al pájaro! La saboreaba y la miraba maravillado. Desde el universo era imposible disfrutar de la sensación de frescura del agua.

El otro pájaro le preguntó el porqué de tanta sorpresa y expectación por algo tan normal como el agua, pero no obtuvo respuesta.

Siguieron volando y empezó a llover una fina lluvia. Las diminutas gotas atravesaban sus plumas y llegaron a su piel. Un escalofrío recorrió a la estrella convertida en pájaro.

-Parece que estás temblando –le dijo su nuevo y único amigo en la tierra-. No entiendo porque te afectan tanto unas simples gotas de lluvia... Pero, de nuevo, sin respuesta.

Los pájaros siguieron volando y la lluvia cesó. El arco iris presidió el cielo y, de nuevo, el pájaro se quedó fascinado ante la belleza de la sublime combinación de colores que vestía el firmamento.

-¡Oh, qué bonito! –exclamó.

-Sí, a mí también me gusta –le dijo su amiguito- pero no grito de satisfacción cada vez que lo veo. Cualquiera diría que no eres terrícola- afirmó. De nuevo, sin respuesta.

-¿Vamos al nido? –le preguntó- ¿Por qué no respondes? ¿Dónde está el tuyo?-.

De nuevo, sin respuesta. Simplemente, siguieron volando. Se dirigieron a un paraje natural donde otras especies de animales pacían tranquilamente en los pastos, mientras se ponía el sol. También vieron algunas casas de campo y cabañas. De pronto, un banco de niebla se asentó en el lugar y un frío húmedo empezó a calarles los huesos. Así que ambas aves debían cobijarse en sus nidos.



-¡Vamos al mío! –dijo el nuevo amigo del pájaro-estrella.

En el nido, se colocaron uno junto a otro para transmitirse calor corporal y esta nueva y desconocida sensación transmitió tibieza y seguridad al pájaro venido del Universo hasta que se quedó plácidamente dormidito...

Lo despertó el Hada de la Luna.

-¿No te acuerdas que debes regresar al universo? –le preguntó el Hada.

-Sí, pero soy tan feliz aquí... –le respondió, mientras su amigo seguía dormido.

-Pertenece al cielo estrellado –le dijo el Hada-. ¿No echas de menos tu luz? –le preguntó.

-Sí, pero aquí puedo sentir el latido de mi corazón y vivo en movimiento con el momento presente que me acaricia el alma –le dijo el pájaro al hada.

-Recuerda que prometiste regresar –le advirtió el Hada de la Luna.

Entonces el otro pájaro despertó y el pájaro-estrella le contó toda la verdad.

-Regresa –le dijo el pájaro al pájaro-estrella-. Yo seguiré volando cerca de ti en el cielo estrellado.

Compartiremos las noches y tú me iluminarás con tu luz estelar.

-No será lo mismo –le dijo triste, el pájaro estrella.

-Bueno, al menos tú siempre estarás ahí todas las noches y tu luz siempre me guiará. Serás mi brújula.

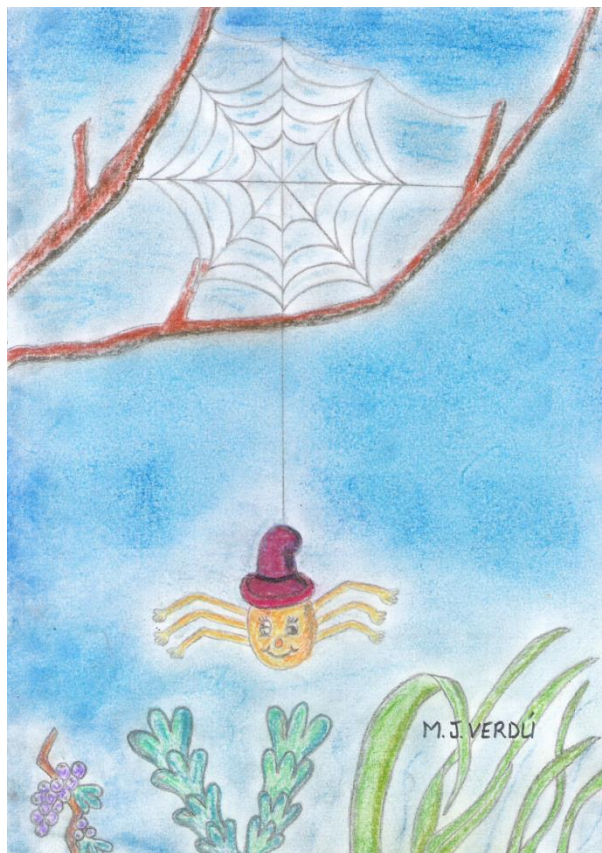
Por la mejilla del pájaro-estrella brotó una lágrima y, de este modo, conoció el amargo sabor de la tristeza. Pero la lágrima empezó a transformarse en luz y la luz fue rodeando al pájaro-estrella el cual empezó a batir sus alas hacia el firmamento, que, amorosamente le esperaba... De pronto, volvió a su forma cósmica originaria y se elevó junto al Hada de la Luna, despidiéndose de su amigo pájaro.

Cuentan que todas las noches un pájaro tras recorrer el cielo, siguiendo a una brújula oculta en algún recóndito lugar, susurra a una estrella un bello trino al alba...

Cuento de la araña que amaba a las flores

Érase una vez una araña que vivía en su tela en el bosque. La araña amaba la frondosidad de la vegetación del bosque y se sentía dichosa por vivir en él. A la araña le encantaba ver como el rocío se posaba sobre su tela por la mañana y como los rayos del sol del amanecer atravesaban su tela y la convertían en un arco iris de colores.

La belleza de la luz fascinaba a la araña y eso era lo primero que agradecía la araña cada mañana al despertar al alba. Un día, cerca de su hogar, se instaló otra araña, que tenía dificultades a la hora de tejer su tela de araña. Por eso, nuestra protagonista se le acercó y le preguntó:



-¿Puedo ayudarte a construir tu tela de araña? Yo vivo en una preciosa, justamente aquella de al lado y me ha quedado preciosa. Puedo ayudarte a que la tuya sea igual-.

La otra araña accedió encantada y le agradeció de corazón su ayuda pues gracias a ella, la otra araña tenía desde entonces una tela de araña bonita y bien construida donde vivir.

Nuestra servicial araña bajó al suelo, donde caminó unos pasos para sentir sus pies en la tierra y aspirar el olor a tierra húmeda. Sin embargo, tras haber caminado algunos pasos, un pájaro la acechaba para comérsela. Entonces, el pájaro le dijo a la araña:

-No voy a comerte porque he visto como ayudabas a la otra araña a tejer su tela y no hay que destruir a aquellos que ayudan, sino a impulsarlos en su labor. Por tanto, dejaré que sigas tu camino.

-Gracias, pájaro- dijo la araña, cuando se sobrepuso del susto.

La araña sintió que había vuelto a nacer y que debía seguir consagrando su vida al canto al corazón y seguir sus impulsos. Por eso, ella siempre escuchaba a su corazón y procuraba prestar atención a su intuición. De este modo, nunca se sentía perdida sino más bien de acuerdo con su destino.

La araña siguió su camino y encontró unas flores tan hermosas que se detuvo a contemplar. Su fragancia era de ensueño y cautivó a la araña de inmediato.

-¡Qué flores tan bonitas y qué bien huelen! -exclamó la araña-. Estar con ellas me parece un sueño-.



Tras esas flores había una hada que era conocedora del carácter altruista de la araña y le dijo:

-¡Hola araña! Soy el Hada de las Flores. Dime, si pudieras pedir un deseo, ¿qué pedirías?-

-Mi deseo está en el ahora -dijo la araña- en cada ahora de mi vida. Por tanto, mi mayor deseo es el ahora y ya lo estoy satisficiendo viéndote a ti, preciosa hada, ¿qué más puedo desear? Verte es una bendición.

El hada se marchó halagada y sorprendida por la respuesta de este insecto encantador de cuyo corazón emanaban tan hermosas palabras.

La araña se despidió de las flores y se marchó a su tela de araña. Antes de llegar, la araña se encontró a un escarabajo pelotero que empujaba una bolita de tierra y como el escarabajo parecía cansado, la araña lo ayudó a hacer rodar la bolita. Finalmente, la araña siguió su camino hasta llegar a casa donde durmió plácidamente en su tela de araña.

Por la noche, soñó con la belleza del Hada de las Flores y de las flores que había contemplado el día anterior. En ese sueño, el Hada de las Flores le dijo que le concedía un deseo aún sin haber pretendido la araña que se hiciera realidad.

-Voy a premiarte por ser una araña tan generosa y cariñosa. Voy a concederte el deseo de que puedas vivir en las flores que ayer encontraste en tu camino y además voy a trasladaros al Reino de las Hadas para que las flores no sean percederas y así puedas disfrutar de su fragancia y belleza todos los días de tu vida - le dijo el hada.

-No me lo puedo creer, querida hada -dijo la araña-. Te lo vuelvo a repetir, hada: verte es una bendición-.

Y fue así como la araña se fue a vivir al Reino de las Hadas y tejió su tela de araña sobre esas hermosas flores que para siempre iban a convertirse en su nuevo hogar.

De conejo de granja a conejo de bosque

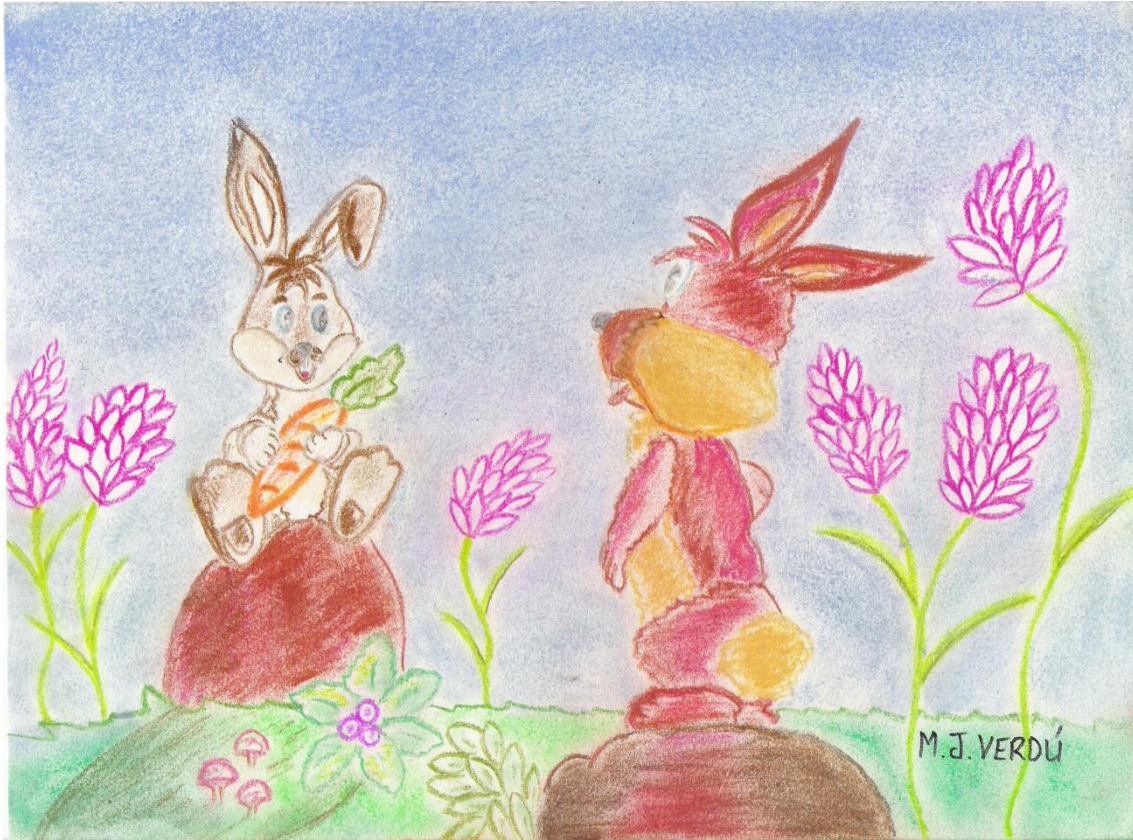
Érase una vez un conejo pequeño de granja que vivía felizmente en una cómoda jaula con sus padres. Cada mañana y cada atardecer, el granjero les daba de comer y de beber y no les faltaba nada. Era una forma de vida agradable, pero un día su granja se incendió, lo que les obligó a huir hacia el bosque, donde iniciaron una nueva vida. No obstante, nuestro conejito no estaba muy conforme con la nueva situación porque echaba de menos su granja.

En el bosque sus padres construyeron una madriguera de la que, al principio, nuestro amiguito no quería salir. Sin embargo, un día el conejo cambió de opinión, obedeció a sus padres y se fue a conocer el exterior. En cuanto salió de la madriguera, se topó con un conejito más pequeño que él, tan pequeño que aún no hablaba, pero eso no era inconveniente para que el conejo, más pequeño que nuestro amigo, quisiera que jugaran juntos.

-¡No me gustas mucho!- protestaba nuestro amigo-. Eres un conejo tan pequeño que todavía no hablas, sólo sabes correr y saltar.

Como, afortunadamente, el conejo pequeñito aún no entendía el lenguaje hablado, no podía comprender las quejas de su amigo. Además, estaba lleno de ilusiones y no paraba de brincar alrededor de nuestro amigo, animándolo a descubrir los prados y las montañas.

-¡Déjame tranquilo! Yo no quiero ir a otro sitio que no sea mi granja. Y no me señales las zanahorias y la alfalfa. ¡No me gustan!. Prefiero el pienso de la granja que nos daba el granjero. Tú no eres más que un conejo de bosque. Yo, en cambio, soy un conejo de granja.



Pero el conejo más pequeño no entendía nada y continuaba insistiendo en que se fueran juntos hacia el interior del bosque, hasta que lo consiguió.

-Ve con él, pero no os alejéis mucho –le advirtieron sus padres.

Así que el conejo protestón siguió a su amigo, el conejo más pequeño, perseguidor de una mariposa que no cesaba de volar.

-¡Vigila! ¡No corras tanto! ¡Te caerás!-

Pero él no paraba de correr detrás de la mariposa.



Los tres se toparon con un río y la mariposa continuó volando sobre la superficie del agua. Esto obligó a detenerse al conejo pequeño que la perseguía.

-¡Suerte que te has parado! –exclamó el conejo mayor-. Un poco más y te caes al agua.

En ese instante, sobresalió entre la hierba del agua la cabecita de un pez que iba a saludarlos.

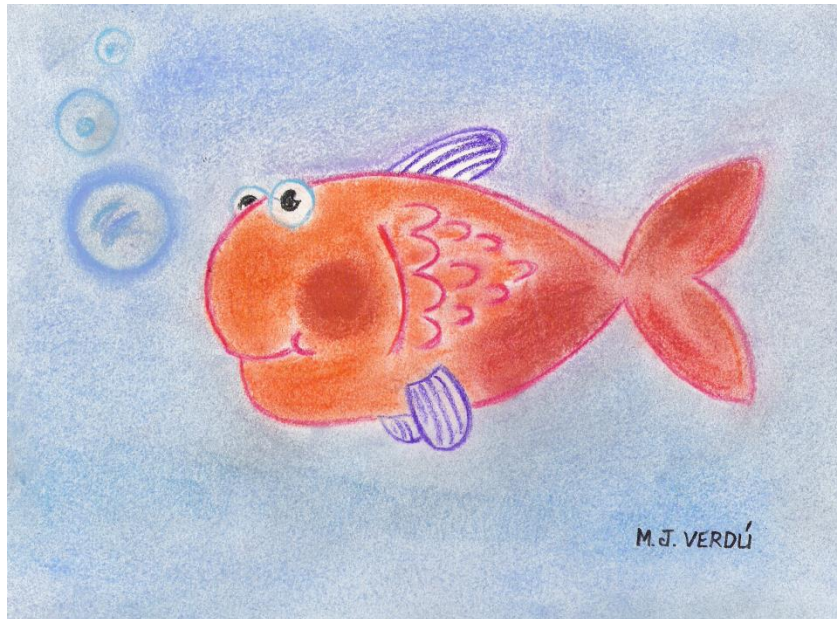
-¡Hola amigos!-

-Yo no te conozco de nada –le dijo el conejo protestón.

-Bueno, pues a partir de ahora sí que me conoces. A quien yo sí conozco desde hace unos días es al conejillo que viene contigo.

-Perdóname -se disculpó el conejo nuevo en el bosque- . Hace poco que he empezado a vivir en un entorno totalmente diferente al que estaba acostumbrado en la granja y estoy inquieto y me siento un extraño...

-Tranquilo, ya te acostumbrarás. –le respondió el pececillo.- Nosotros ahora somos tus amigos.



-¿Cómo podemos ser amigos, si somos tan diferentes? Nosotros vivimos en tierra y tú, dentro del agua –le respondió el conejo mayor al pez.

-Que seamos diferentes no es razón para no intentar entendernos y enriquecernos con otros puntos de vista y formas de pensar diversas –le manifestó el pez.

-¿Ah, sí? ¿En qué podemos ayudarnos? –le preguntó el conejo.

-Por ejemplo, avisándoos de que volváis a casa porque está empezando a oscurecer.

-¿Cómo nos iremos de aquí? –se lamentaba el conejito-. Seguro que mi amiguito no sabe volver a casa, es demasiado pequeño para conocer el camino y yo tampoco me he fijado.

-No pretendas tenerlo todo bajo control –le advirtió el pez –y déjate ayudar. A veces, hay que contar con el factor inesperado...

-¿Cuál? –le preguntó el conejo.

-Con mi amigo, el gusano de luz. Él os ayudará a volver a casa pues está oscureciendo.

-¡Gracias! ¡Qué bien!

-¡Gracias a vosotros y volved a visitarme al río!

-¡Claro que lo haremos! ¡Adiós!

La rana y su hada-guía

Érase una vez una rana que vivía en una pequeña charca. No estaba muy satisfecha de su casa porque era demasiado pequeña y las algas que le impedían nadar con total libertad.

Cuando se encontraba fuera del agua, frecuentemente se reflejaba en el espejo de su superficie, pero no parecía muy contenta con su imagen. A veces, llegaban las libélulas a volar sobre la charca y la ranita, escondida entre la vegetación, contemplaba la belleza de sus alas y la libertad que éstas les daban. Ella, en cambio, era esclava del agua de la charca, nunca tocaría el cielo, ni el sol, ni la luna porque no tenía alas. Reconocía que envidiaba a estos insectos de vistosas alas sobre las cuales los rayos del sol se paseaban para convertirlas aún en más bonitas. ¡Cómo si no lo fueran bastante!. Parecía como si la belleza de los colores del sol se alojara en las alas de las libélulas. Pero la rana nunca sería tan bonita. Además, sus largas patas eran feísimas.



La vistosidad de las alas de las libélulas dependía de la incidencia de los rayos solares sobre ellas; pero en cambio, las alas de las mariposas tenían belleza propia, la de sus colores vívidos y fijos. Algunas de ellas eran tan bonitas que parecía que le hubieran robado los colores al arco iris, ese arco que salía después de la lluvia.

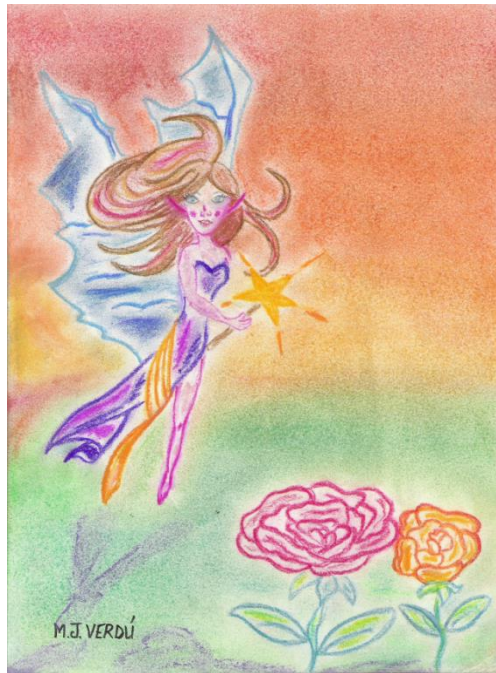
La rana lamentaba no tener la misma suerte de las mariposas.

Un día vio a un hada del bosque refrescándose en el agua de la charca y, una vez más, deseó tener para ella sola esas alas tan maravillosas de la libélula, de la mariposa y del hada del bosque. El hada, una hada-guía muy sabia, le leyó el pensamiento y le dijo:

-No pierdas el tiempo quejándote y envidiando a los demás, y saca partido de tu experiencia.

El tiempo es nuestra cosa más valiosa y hemos de emplearlo de forma positiva. La crítica y la envidia no son nunca positivas y nos bloquean. En lugar de vivir pendiente de los demás, ¿por qué no vives pendiente de ti misma? ¿Por qué no intentas aprovechar el potencial de tus piernas, por ejemplo? Ellas te pueden llevar más lejos de lo que piensas.

¡Intenta mejorar tu existencia!. Hazlo, si lo haces, la vida te resultará una aventura de lo más emocionante. ¡No tengas miedo al cambio!. Si no te gusta como vives, empieza por cambiar tú y, ¡te aseguro que tu vida será diferente!. ¡Anímate!. Sé que encontrarás la manera.



Y, acto seguido, la preciosa hada desapareció.

Esa visión sacudió a la rana y le hizo pensar mucho. Y descubrió que cambiar su vida, dependía, en gran medida, de ella misma y de la perspectiva desde la cual enfocara su situación.

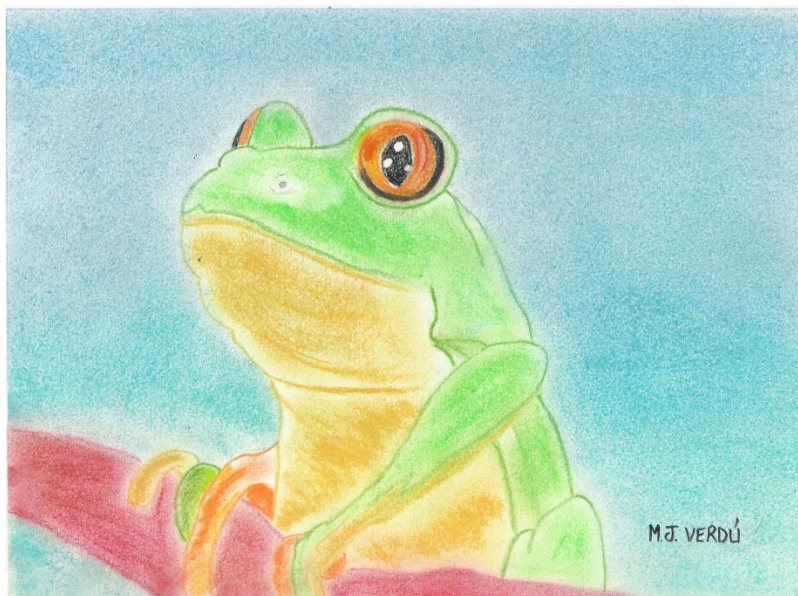
-Quizás no tenga alas, pero tengo unas patas que me pueden llevar lejos de la charca, quizás a una charca más grande, ¡donde podré nadar hasta no poder más!



La rana empezó a saltar. Cada vez sus saltos eran más largos y la llevaban más lejos. Se dio cuenta de que nunca podría volar, pero saltar era una forma de tocar el cielo y de experimentar el placer de la libertad.

Además, ella era capaz de hacer una cosa que las libélulas, las mariposas y las hadas no podrían hacer nunca: ¡nadar!. En ese momento, se sentía dueña de un gran poder, poder desenvolverse en dos medios naturales a la vez, el agua y el aire. ¡Imaginos la capacidad de nuestra ranita!. Podía nadar tranquilamente en la charca, por cada rincón, entre las algas, hacia arriba y hacia abajo y, cuando le apetecía, en lugar de perder el tiempo mirando las alas de los demás, se ponía a dar saltitos sobre las hojas que flotaban en el agua y no solo podía saltar sobre ellas, sino también sobre el suelo fresco y húmedo que rodeaba a la charca. Su vida ahora había cambiado. Pero le hacía falta continuar evolucionando y transformándose interiormente. Así pues, se planteó ir a una charca más grande pues sentía que se expandía interiormente y, que, por lo tanto, su entorno natural también debía crecer. Desconocía el modo de marcharse de su charca porque sus preciadas patas no le permitían recorrer largas distancias.¿Cómo se espabilaría?

En aquel preciso momento, concentró toda su fe en el hada que hacía unos meses se le había aparecido, pero no obtuvo respuesta. Nuestra rana estaba muy desanimada.¿Cómo podría cambiar su vida, si no obtenía los medios para hacer efectivo el cambio? Además para sus amigos de la charca sus pretensiones no tenían ni pies ni cabeza y, por tanto, no debía complicarse la existencia. Para ellos, quedarse en la charca, era la opción más segura.



Pero nuestra ranita no era una rana acomodada, resignada ni perezosa y estaba decidida a sentir la emoción de la vida, a creer en sus ideas y llevarlas a la práctica.No sabía cuándo, pero se repetía a ella misma que no era necesario enfadarse y que, cuando menos se lo esperara, aparecería la respuesta que tanto buscaba.

Un día llovió tanto que el agua de la charca sobresalía por todas partes, arrastrando hacia fuera a nuestra rana y haciéndola caer en un agujero.

-¡Qué miedo tengo –decía, llorando-. ¡Cómo me arrepiento de haber querido cambiar. ¡Cuánta razón tenían mis amigos al aconsejarme que me conformara con mi situación. Ahora, por mi culpa, nunca saldré de este maldito agujero. ¡Quiero volver a mi charca!

Continuaba lloviendo tanto que el agujero se llenó de agua y la ranita volvió a salir hacia afuera, llevada de nuevo por la fuerza de la corriente, que invadía el bosque.

-¿Dónde me llevará este río de agua?.¿Dónde iré a parar?. Si deja de llover y me quedo parada en medio de un camino, ¿qué haré cuando este caudal se seque?, ¿me moriré?.

Pero quiso la suerte que el ímpetu de esa corriente la condujera a una charca más grande y nuestra ranita dijo:

-¡Qué bien!. He ido a parar a una charca mejor.

Fue entonces cuando vio que su amiga, el hada, se alejaba volando...

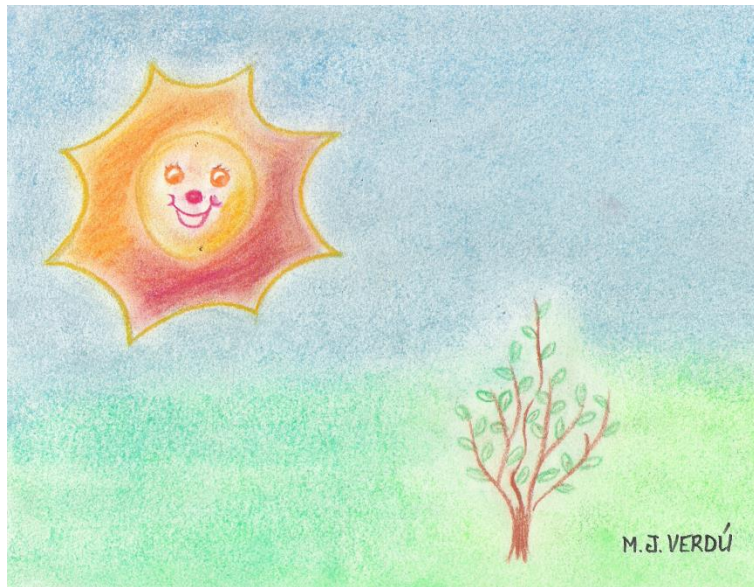
El enanito y su árbol

Érase una vez un enanito que desde que nació, cuidó con esmero de un árbol del bosque donde vivía. Solía hacerlo con todos los árboles, pero con éste, especialmente. Así que le prodigaba los mejores cuidados y el árbol le correspondía, guareciéndolo de las gotas de lluvia, de la ventisca, refrescándole con su sombra y filtrando con sus hojas los calurosos rayos de verano.



El enanito había conectado con el espíritu de su árbol, por eso, le encantaba sentarse debajo de él y sentir cómo le protegía. La copa de su árbol le parecía majestuosa y podía

percibir el equilibrio de la energía de la tierra que succionaban las raíces del árbol con la del cielo, recogida por las hojas. El enanito se apoyaba contra el tronco del árbol y le parecía que se mecía entre el cielo y la tierra, en un dulce vaivén que lo adormecía lentamente...



Estar con su árbol le producía una sensación de paz y de confianza en los elementos de la naturaleza. Esa naturaleza verde que él adoraba. De cada elemento del bosque se desprendía una sensación de vida latente que el enanito podía captar y proteger.

Pero un día un rayo destruyó el árbol y el enanito no paró de llorar. Lloró tanto que el suelo empezó a humedecerse y con los primeros rayos de sol, apareció en el mismo lugar donde antes estaba el árbol, un tímido brote... Cuando el enanito lo vio, se alegró y reconoció a su árbol y... ¡empezó a dar saltos de alegría!. Su amigo, el árbol, había decidido volver a renacer ante tanto llanto. Así que el enanito empezó a cuidarlo con esmero...

El hada creadora de sueños y la luz del mar

Érase una vez una estrella del cielo que se enamoró del mar dando lugar a una luz estrellada que reposaba en el océano cada noche. Era la luz del mar, la estrella del mar que ya nunca estaría en el cielo. Ella constituía ese lucero mágico que poseía el don de guiar los corazones de aquellos cuya vida era un mar de dudas y que se sentían desorientados, sin rumbo, sin tan siquiera imaginar la ruta que los condujera a sentirse en bienestar, en paz y en plenitud emocional. Ella se había convertido en ese punto luminoso que venía a llenar el vacío de las almas, cuando todavía no se han hallado a sí mismas ni han conseguido forjar la semilla que hará germinar sus sueños.



Así que la luz del mar actuaba como una brújula interior para todos aquellos que trataban de recostarse en la serenidad del sonido de las olas sin percibir un atisbo de esperanza en el horizonte de su maltratada existencia. Eran aquellos que se sentían tan inconexos consigo mismos, que eran incapaces de percibir el abrazo que las olas les brindaban en sus idas y venidas, esa caricia con sabor a sal que se escapaba con la brisa marina pues sus emociones estaban seriamente lastimadas.



Por tanto, esta particular estrella brillaba en la superficie del océano noche tras noche en busca de corazones maltrechos pero receptivos para acogerla en su regazo. En cuanto ella se posaba en ellos, el primer efecto era la sensación de alivio de haber dejado atrás el sufrimiento, de haber perdonado y olvidado y de poder abrirse a una mayor comprensión de la vida de forma sensata y serena y el segundo, era un brillo intenso y bello en la mirada de aquellos que habían tenido la fortuna y la dicha de recibirla en su ser. Era como si ahora hubieran recobrado un sentido de ilusión que antaño habían ignorado.

Y nuestro lucero marino seguía irradiando sin parar su luz divina de belleza, entusiasmo, armonía y felicidad para aquellos que estuvieran preparados para tomarla en su camino personal.

Y ella nunca de cansaba de nadar y de regalar a los humanos su especial halo espiritual. Sin embargo, en el fondo de su corazón la estrella del mar deseaba con fervor iluminar una mirada única, noble, justa, sublime. Y fue así como fue a parar a la cocina del hada creadora de sueños.



Los fogones de la cocina del hada creadora de sueños siempre estaban encendidos pues eran muchos los sueños apagados, inertes, sin vida de aquellos que se habían rendido a los designios de la mala suerte y de la desconfianza, aquellos que habían renunciado a lo que más querían. Eran sueños que ella reavivaba con la luz de su magia y de la esperanza que nacía en la imaginación y se trasladaba a la realidad. Pero primero era necesario cocerlos a fuego lento para que poco a poco se levantaran y echaran a volar tras una estela de alegría en busca de su consecución.

Ella era una especialista en reconocer esas emociones humanas que llevaban demasiado tiempo calladas.

Era un hada que tenía el particular don de saber descubrir y apreciar las ilusiones perdidas, aquellos sueños tan abandonados a su suerte, que ya ni los recordamos. Pero ella sabía escudriñar en el inconsciente de los humanos a quienes sinceramente deseaba ayudar. Además, ella era capaz de quedarse sentada junto a ellos, de acariciarlos con ternura y transmitirles su deseo de que cobraran vida y se manifestaran abiertamente para colmar de dicha a sus poseedores y creadores, ahora desmotivados. Sin embargo, para eso estaba ella allí, para cumplir con su misión de revitalizar y refrescar esos pensamientos inertes capaces de transformar nuestras vidas para siempre, con la capacidad de generar cambios positivos que prendieran su luz en el corazón humano. Y para eso estaba allí también nuestra luz marina, nuestra estrella del mar para fundirse con la magia y la luz del hada creadora de sueños en su cocina espiritual y mágica y poder así dar paso a espectaculares recetas de cocina que provocaran el nacimiento de hermosos sueños con un poder aplastante de auténtica realización de los objetivos marcados. Así que con la unión de la luz del hada y de la luz del mar ahora ya nunca nuestros sueños seguirían dormidos, sino que podrían iniciar

una natural evolución hacia su cometido y despertar, desperezarse y expresarse por la mañana.

Para el hada creadora de sueños el hecho de recibir la luz del mar fue una auténtica bendición pues gracias a su ayuda, colaboración y sincero trabajo en equipo pudo disfrutar del significado y de las mieles de la compenetración, la afinidad y la pasión por algo en común que compartía con su lucecita estrellada. Además, el hada pudo tomarse un respiro en la agotadora actividad de su cocina para detenerse en el momento presente, en su valioso momento presente, en ese momento tan preciado que ya nunca iba a regresar pues todo pasa y se va. Y se dio cuenta que la mejor opción era potenciar y recrearse en ese momento presente que tanto adoraba.

Comprendió que estaba muy satisfecha con el don que le había sido otorgado. Sentir a flor de piel su bondad, le hizo sentir muy llena y completa pues percibió que estaba siguiendo el camino que siempre había deseado. Entendió que estaba predestinada a él. Estaba encantada con su magia y sus efectos pues la sonrisa de los humanos era el merecido premio que ella recibía por su labor. Su existencia le resultaba tan gratificante... Dar era algo que la hacía sentirse mejor. Ella amaba su trabajo y su dulce fruto. Si en este momento estaba recibiendo la ayuda de la luz de la estrella del mar, eso significaba que el poder de su magia acrecentaba sus posibilidades y además le permitía sosegarse unos instantes en tan laboriosa y creativa función. Sin embargo, era tal su amor por su trabajo que incluso cuando se estaba tomando este merecido descanso, lo estaba echando de menos. ¿Cómo podía explicarse esta sensación?

Pues simplemente por el hecho de que estaba viviendo un momento de plenitud que la hacía sentirse en unidad y satisfacción consigo misma y con su entorno. Se sentía tan afortunada de poder emplearse a fondo con tanta justicia y entrega desinteresada...pero además encontrar un ser de luz como su especial estrella con quien compartirlo, le pareció un regalo divino.

Notó que en el fondo la estrella la estaba iluminando con su halo luminoso y le estaba prendiendo en la mirada un gozo infinito... Era como si en su corazón albergara la magia, el misterio y la sabiduría del universo entero. Y esa era precisamente la lección que estaba aprendiendo: el saber estar en el momento presente le fascinaba porque le permitía darse cuenta de si estaba empleando el tiempo de forma sabia, volando con sus alas irisadas hacia la felicidad o, por el contrario, de si lo estaba desperdiciando. Qué importante era pararse a pensar, concederse unos instantes a uno mismo para autoanalizarse.

El hada empezó a revolotear divertida entorno a su estrella y le dijo:

-Cuando quieras puedes partir y seguir tu camino azul sobre las olas del mar.

-¿Por qué?- le preguntó, atónita, la estrella.

-No puedo ser tan egoísta y pretender que siempre estés junto a mí. Nadie puede poseerte. Por encima de todo, estrellita azulada, eres libre –le dijo el hada-. Te estoy muy agradecida por cuanto estás haciendo por mí pero mi felicidad no puede basarse única y exclusivamente en tu presencia. Mi felicidad depende y está en mí misma. Tenerte a mi lado me complementa pero entiendo que no dejarte libre para seguir con tu misión es perjudicar a otras personas que puedan necesitarte más que yo –prosiguió el hada-. Me las apañaré sola.

-Me siento un poco triste –se lamentó la estrellita.

-Puedes regresar cuando quieras –le sugirió el hada-. Eres mi amiga pero no puedes aferrarte siempre a mí y tampoco yo a ti pues la base de la felicidad es la libertad –le dijo el hada.

-Eres un hada sabia, noble y justa y por ello voy a dejarte un presente, voy a regalarte un vestido de luz –le dijo la estrellita.

-¿Un vestido hecho de luz? –preguntó el hada-¡Qué tela más especial!

-Es un vestido único y hecho a la medida de tus emociones. La tela de las mangas es la tela de la luz de la autenticidad y de la compasión, la tela del cuello se ajusta a la luz de la belleza, la tela de la espalda se ha cosido con la luz de la bondad, la tela de la cintura está hecha con la luz de la ilusión y la tela de la falda se ha tejido con la luz de la justicia y del equilibrio. Todo aquél que esté cerca de ti, querida hada, abrirá su corazón a estos valores – le explicó la estrella-. Así que vuela, vuela alto, mi hadita, y cautiva con esas bellas cualidades a los más necesitados de emociones.

-Y tú –le dijo el hada-, sigue surcando los mares y continúa con tan noble propósito. Algún día en algún lugar secreto entre el cielo y el mar nos encontraremos de nuevo las dos. Estoy segura de ello.



Y así fue como cada una siguió su camino, sabiendo que al final, se encontrarían otra vez para convertirse en una y escaparse juntas hacia el firmamento, hacia esa bóveda celeste, hacia ese techo infinito que alberga tantos sueños cada noche. De este modo, formarían parte para siempre de cada uno de ellos y también de la luz de la luna y de las estrellas que los iluminan con su calidez y con su amor incondicional.

Supermami, la mamá gallina (1)

Érase una vez una mamá gallina que vivía en un corral de gallinas y codornices de una granja de campo, cercana a la ciudad. Desde allí no se escuchaba el bullicio de la gran urbe,

por esta razón, en la granja se respiraba una atmósfera apacible donde los animales pacían en los prados y convivían en armonía.

El granjero muñía las vacas cada mañana, ensillaba a los caballos y daba de comer a las gallinas, ocas, conejos y patos. En esa granja había un estanque enorme donde los patos nadaban sobre los peces. Los patos más pequeños chapoteaban en el agua y jugaban y correteaban sin cesar al llegar al suelo bajo la atenta mirada de sus progenitores.

Un día una vecina del granjero, que vivía junto a un lago, se puso en contacto con el granjero pues en su lago aparecieron unos bebés patitos que parecían perdidos. Su mamá no estaba y nunca apareció. La vecina se compadeció de tan tiernos animalitos y deseó por encima de todo que crecieran con el amor de una madre, algo que después queda en el corazón para siempre. Así que la vecina le propuso al granjero si la mamá gallina de su corral los podía adoptar.

-La gallina decidirá -dijo el granjero.



Tenía el granjero una gallinita perica que solía incubar no sólo sus propios huevos sino los de otras aves, si se daba el caso de que las aves mamás originarias no pudieran hacerlo. Por eso, antes de ser abandonados, según el granjero, la mejor opción era que esta gallinita que emanaba amor sin condiciones se hiciera cargo de los huevos. Ella lo hacía encantada pues era su misión y su gran vocación. Debido a esta gran virtud, dedicación y entrega, el granjero llamaba a esta gallinita: la Supermami. Para que la gallinita pudiera llevar a cabo su noble misión, el granjero le acondicionó en el corral un lugar privilegiado donde ella disponía de agua, comida y suficiente espacio.

Hacía días que la gallina incubaba huevos propios y de una codorniz del mismo corral que había enfermado. Supermami apenas se levantaba pues siempre estaba sentada sobre los huevos para darles calor y que, de este modo, dispusieran de la temperatura adecuada.

El granjero colocó los cinco patitos de tan sólo tres días de vida al lado de Supermami. Ella no se movió y la verdad es que resultó un tanto indiferente hacia los nuevos patitos que piaban pidiendo amor. Pero si Supermami se levantaba, entonces los huevos quedarían sin incubar. ¡Qué dilema!

Los patitos se acercaban a Supermami pero ella más bien trataba de apartarlos para proteger los huevos que estaban bajo su vientre. Entonces, el granjero la miró fijamente y le dijo:

-Por favor, cría a los patitos y ayúdales con tu amor a crecer fuertes y seguros-.

La gallinita, que hacía días que estaba prácticamente inmóvil, pestañeó al escuchar estas palabras. Al cabo de media hora, el granjero comprobó que la gallinita, que seguía sentada incubando los huevos, ya tenía a los patitos también bajo su cobijo y su vientre. Sin embargo, la gran cantidad de huevos que la gallinita estaba incubando desde hacía días, impedía que los patitos pudieran estar cómodos bajo el regazo de mamá gallina. Así, que el granjero se vio obligado a retirar los huevos en bien de los recién llegados patitos. La prioridad del momento era la supervivencia de los pequeños.

Supermami les daba afecto y les enseñaba a buscar insectos. Era divertido observar como los patitos perseguían a las moscas antes de comérselas. La gallina también los protegía del resto de gallinas del corral para evitar que sufrieran pequeños ataques por falta de aceptación de los demás animalitos en un espacio común. Ellos siempre seguían a la gallina y la consideraban su mamá.

El granjero les colocó en el corral un recipiente grande con agua a modo de bañera para que los patitos pudieran nadar bajo la vigilancia de su mamá adoptiva. Comenzó, así, para los patitos una época feliz. El granjero sonreía y se considera afortunado por presenciar tanta felicidad. De algún modo, eso a él le alentaba y le hacía sentirse más vivo.

-Gracias, gallinita, por ser tan buena mamá -solía decirle el granjero.

Los patitos crecían felices y sanos. Eran inquietos y tenían a su mamá gallina un tanto agotada pues la tarea de vigilarlos consumía sus energías pero ella más que como un sacrificio lo vivía como una bendición. Era evidente, pues cuando los patitos estaban cerca de ella, ella estaba inflada, satisfecha, orgullosa de ellos y de tenerlos a su cargo.

Supermami era una mamá muy responsable y valiente. Un día que el granjero decidió construir un corral de madera más grande para que los pequeños patitos dispusieran de más espacio para corretear, el granjero tuvo que colocar a los patitos junto a las otras gallinas, mientras él limpiaba y adecuaba el nuevo espacio. Eso provocó que las otras gallinas picaran a los patitos. Supermami los defendió como pudo, pero, lo cierto, es que ella por tratar de defender a su prole adoptiva, recibió algunos picotazos del resto de las gallinas, que se habían unido en grupo contra Supermami. Como pudo, ella aguantó el ataque pero fue más lista que todas ellas. Supermami se repuso enseguida de los picotazos que sus compañeras de corral le acababan de propinar y esperó a que el resto de las gallinas se separaran. Cuando lo hicieron, Supermami les propinó un picotazo una por una. Separadas ya no eran tan fuertes ni socarronas. Supermami lo sabía y al darles un escarmiento cara a cara, de forma individual, consiguió acobardarlas y que entendieran que ellas debían respetar a los patitos. Supermami se convirtió en un ejemplo de mamá valiente e inteligente.

-Albergas grandeza y una gran inteligencia emocional en tu interior -le dijo el granjero a la gallina Supermami.



El granjero también permitió a Supermami que saliera del corral con los patitos a disfrutar del gran jardín que rodeaba la granja. En condiciones normales y teniendo en cuenta que Supermami llevaba encerrada muchos días, quizás ella al verse en libertad en el jardín, habría tratado de volar. Pero nunca lo hizo por no separarse ni un instante de sus patitos, que seguían siendo tan pequeños que aún no volaban. Los patitos iban por todo el jardín y se agachaban para toquetear con el pico todo cuanto se les antojaba. Pero Supermami les enseñaba a seleccionar y a llevarse a la boca solamente lo que era comida. Siempre seguían a su mamá gallina y todos formaban una familia muy unida, llena de amor y de vida.

-Tú eres la dueña del jardín -le dijo el granjero a la gallinita mamá- Tú eres el hada de mi jardín. Supermami, ¿eres una hada disfrazada?



A veces los encantadores patitos daban cariñosos picotazos en la cresta de Supermami. Les sorprendía esa cresta roja que les parecía un corona en lo alto de la cabecita de su mamá

adoptiva. Ella soportaba esos picotazos con resignación y abnegación y cuando no podía más, levantaba la cabeza para que los patitos no llegaran a tocarle la cresta.



Supermami era una gallinita preciosa, llena de luz, que cuidaba de los patitos con la devoción que sólo una madre conoce. Por la noche, todos los patitos querían dormir bajo las alas de Supermami. Eso resultó posible cuando los patitos sólo contaban unos días de vida pero conforme iban creciendo -y crecían rápido pues el granjero se aseguró de dejarles mucho alimento en el corral-, todos ya no cabían bajo las alas de Supermami. Era divertido observar cuando por la noche todos los patitos trataban de conseguir estar bajo el ala de Supermami, pero no podía ser y la mayoría de ellos tenía que contentarse con estar a su alrededor, dándose calor unos a otros. Nada más despuntar el sol, los patitos despertaban y ya estaban en acción. Supermami siempre emitía un cacareo particular para indicar su posición a los patitos. De este modo, ella procuraba que ellos estuvieran cerca de ella y si cuando los llamaba, ellos no acudían, entonces ella iba a buscarlos. Era una mamá atenta y paciente.



Cuando Supermami encontraba alguna lombriz o babosa, emitía un cacareo para que los patitos se acercaran a ella y ella les daba la lombriz. Para los patitos, las lombrices y las babosas constituían un delicioso manjar.

Supermami por las noches se sentía cansada pero feliz y satisfecha con su labor maternal. El granjero también estaba contento al comprobar que esos patitos habían encontrado en Supermami la madre que tanto necesitaban.

Supermami, la mamá gallina (2)



Supermami, la mamá gallina adoptiva seguía criando a sus patitos con el amor, el esmero y la dedicación de una madre. El granjero opinaba que ella era la viva muestra de que las madres entregadas, en sí mismas, son un verdadero milagro en La Tierra pues ellas alientan a sus retoños a ser por sí mismos, cuidándoles pero sin tratar de interferir ni coartar la expresión espontánea y natural de esas pequeñas almas juguetonas y tiernas.



Los patitos no paraban de comer y piar y mamá gallina estaba resplandeciente de felicidad con ellos. Desde que los estaba protegiendo, Supermami estaba más bonita que nunca. El estar siempre pendiente de ellos formaba parte de su vocación de madre.



-He tenido mucha suerte de que hayas llegado a mi gallinero, Supermami -decía el granjero-. ¿Te han enviado los ángeles?

En una jaula grande anexa al gallinero había unas codornices chinas. Su plumaje claro y amarillo les confería una belleza particular. Un día el granjero observó como el codorniz macho picoteaba en la cabeza de la codorniz hembra y le causaba daño. El granjero se dio cuenta de que la cabeza de la hembra empezaba a sangrar. Por eso la tomó en sus manos y con el amor que profesaba a los animales de su granja, le limpió las heridas. Hinchados de dolor, los ojos de la codorniz no se abrían. La hija del granjero que había heredado de su padre la pasión por los animales, le pidió a su papá si podía tener bajo su cuidado a la codorniz hembra. Su padre accedió.

La niña intentó tomar a la hembra entre sus brazos, pero ella, dolida por el ataque que acababa de sufrir, no permitió que la niña la abrazara. La niña comprendió el miedo de la

codorniz. La niña se entristeció pues la codorniz pasaba sus días sin comer, con la cabeza siempre agazapada, como si hubiera sido vencida. Siempre estaba plegada, retraída y con los ojos cerrados. La niña podía sentir el sufrimiento de ese animal en su propio corazón y solía llorar al verla tan débil. La niña le rezaba a los ángeles y les suplicaba que por favor le devolvieran la vista a la codorniz.

-Por favor, tenéis que curar a mi codorniz - susurraba la niña a su ángel guardián.

El granjero trataba de que la codorniz comiera y bebiera algo pero no siempre lo conseguía. El animal estaba muy abatido y desconsolado. El granjero cogió a la codorniz macho que dañó a la hembra y lo trasladó al corral con las gallinas. Allí el macho codorniz intentó propinar un picotazo a uno de los patitos y tuvo que vérselas con Supermami que ni por un momento dudó en defender a su pequeño. Luego el codorniz macho cayó en el recipiente lleno de agua que el granjero había colocado allí a modo de balsa para los patitos. El codorniz no pudo salir de allí y tuvo que pasar toda la noche en el agua fría. El granjero lo sacó por la mañana y lo recolocó de nuevo en su jaula pero esta vez aislado. El animal estaba como inmóvil aletargado a causa del efecto del agua.

-Papá -le dijo la hija a su padre granjero -la codorniz que me has permitido adoptar se llama Princesa y aunque ahora es una princesa triste, yo rezo a los ángeles para que se recupere-..

-Ten paciencia. Los ángeles escuchan todas nuestras peticiones -le dijo el granjero a su hijita.

-Papá, por favor, deja que Princesa esté un tiempo conmigo, fuera del corral -le pidió a su padre.

-¿Por qué? -le preguntó su padre.

-Por que quiero que sane y deje de sufrir este asedio -le dijo su hija.

-A veces los animales se atacan entre ellos. Nosotros no podemos juzgarlos desde nuestra perspectiva humana pues su naturaleza animal es quien los rige. Pero por esta vez voy a respetar tu petición -le dijo amorosamente el padre a su hija.

Entonces sucedió un pequeño milagro: Princesa empezó a abrir un ojo y a recomponer su compostura habitual. Ya no estaba siempre agazapada, con la cabeza gacha, sino que ahora estaba más levantada, parecía una verdadera princesa. Pero por aquel entonces sucedió otro milagro y es que el granjero tenía en la granja una incubadora artificial donde días atrás había colocado unos huevos de Princesa. Dos de ellos empezaron a romperse y nacieron dos preciosas y diminutas codornices. La hija lloró de felicidad al presenciar el milagro y experimentar la emoción de ese momento mágico.

-Cúrate pronto, Princesa, tus hijos están aquí. Pero no te apures, mientras estés enferma, papá los alimenta -le dijo la hija del granjero a su codorniz.



Los patitos seguían siendo las estrellas del gallinero bajo el atento cuidado de Supermami. El resto de gallinas de corral estaban alicaídas, tristes. El granjero se dio cuenta de la razón: el gallinero se estaba quedando pequeño ante tanto correteo de los patos, además, éstos siempre se bañaban y mojaban toda la paja y el suelo de tierra del gallinero. Por esta razón, el granjero agrandó el corral y retiró parte de la paja mojada y en su lugar el granjero colocó piedras de grava cerca de la bañera, de este modo, esa zona no estaba tan húmeda y sería más cómoda para las gallinas.



-Papá, no pongas grava por todo el suelo del corral -le dijo la niña a su padre - Deja parte del corral con el suelo de tierra, la que esté más alejada de la bañera de los patos. A los patos y a las gallinas les encanta buscar insectos en la tierra.

-Qué lista que es mi hijita -dijo el granjero.

Supermami, la mamá gallina (3)



Supermami, la mamá gallina, sigue siendo una dama al cuidado de sus cinco hijos patitos que desde que llegaron al gallinero, recibían el amor y cuidados de su mamá adoptiva. Tras haber sido rescatados de una balsa a la cual cayeron con tres días de vida y de la que no podían salir por sí solos y tras ser abandonados, Supermami, veló por los recién llegados patitos a la granja y seguía sus pasos con mirada atenta. Los estaba criando en el corral como si fueran hijos suyos y eso se reflejaba en la mirada de alegría y felicidad de esas pequeñas aves que expandían ternura e inocencia con sus juegos y sus continuos baños en el recipiente que el granjero dispuso para ellos en el corral.

Un día el granjero cogió entre sus manos a uno de los patitos para verificar su crecimiento y buen estado de salud y, Supermami, creyendo que el granjero iba a dañar a su pequeño patito, se alzó con la patas en garra, con la cola en alto, con todo el cuerpo muy hinchado, creciéndose ante el que ella creía un agresor de su retoño, y con una expresión de ira y enfado, ella se abalanzó sobre el granjero, el cual, sorprendido y un tanto asustado por la actitud sobreprotectora de Supermami, soltó de inmediato a la cría de pato.

-Gracias, Supermami- dijo la hijita del granjero, que acababa de presenciar la escena-. **Me has demostrado el coraje del que es capaz una madre por sus hijos, la valentía con la que se enfrenta al mundo y lo vence sin dudas y con la determinación del alma.** Gracias, Supermami, por cuidar de tus patitos y darles ese amor que sólo tú sabes dar y por demostrarme con tu acción de ahora que el papel de una madre en la defensa de sus hijos es admirable y uno de los más nobles que jamás hubiera imaginado. **Gracias, Supermami, por ser mi maestra** y también la de mi papá, que, a partir de ahora, tratará de ser más respetuoso con tus patitos. Pero quiero que sepas, linda gallina, que nosotros queremos a tus patitos tanto como a tú a ellos y que a nosotros también nos preocupa su crecimiento.

Verlos crecer fuertes y sanos es nuestra mayor bendición y que tú veles por ellos como su ángel de la guarda resulta una bendición aún mayor.



Princesa, la codorniz, ya se había restablecido completamente y volvía a poner huevos, además, regresó junto a su pareja, el macho codorniz, ahora más tranquilo, receptivo y en paz, el cual la trataba como a una verdadera princesa. Eran una pareja de codornices felices que habían recuperado el afecto y el cariño que los unió desde el principio. Los polluelos de Princesa correteaban por el corral y comían y crecían sanos y contentos.



Sin embargo, los meses pasaban y los patitos cada día eran más simpáticos y divertidos. Su plumaje de cuello verde despuntaba y su piar se iba convirtiendo en un cuac-cuac. Supermami empezó a respetar esta fase de su crecimiento y a distanciarse prudencialmente para dejarles el espacio adecuado a los que habían sido sus patitos-polluelos pero que ahora ya manifestaban independencia e integración en el grupo de aves del corral. Y aunque Supermami comenzaba a relacionarse más con el resto de las gallinas, los patitos a veces seguían acercándose a la que con tanto amor los había cuidado. **Supermami se había convertido en su mamá y para ellos siempre lo sería.**

Los patitos descansaban tranquilos y desprendían una humanidad a través de una expresión de sosiego y ligereza, que estremecía al granjero al contemplarlos.

-Patitos, sois mis ángeles -decía el granjero.



Un mirlo se instaló en un nido sobre un árbol cerca de la granja y su canto melódico despertaba a sus habitantes y los sumía en un estado de dicha por la bella sinfonía que se desprendía de su trino. Al atardecer el mirlo también cantaba y el granjero daba gracias por la belleza de este armónico canto que le confirmaba que los ángeles andaban cerca y que custodiaban y protegían a sus amadas aves. Los pájaros conferían vida a la granja y recordaban al granjero el milagro de la vida, la bendición del crecimiento y el regalo de poder compartir su vida humana con tan dóciles y alegres animales.

Un día una tormenta de granizo azotó la granja y la piedra de granizo echó de su nido a la cría de mirlo cuyos progenitores alegraban la granja con su canto. El granjero cogió del suelo a la cría de mirlo empapada, asustada y aturdida y lo colocó junto a la lumbre para que se secara y reconfortara. Trató de darle de comer, pero el pequeño mirlo no quiso comer. Era de noche y sus padres no aparecían, así que el granjero colocó a la cría de mirlo junto a una lamparita en la jaula de las crías de codorniz de Princesa para que al menos allí el pajarito estuviera calentito. **El mirlo era precioso y tenía unos ojos muy grandes. La hija del granjero rezó a los ángeles para pedirles que los padres del mirlo vinieran a**

recogerlo por la mañana y los ángeles atendieron su petición. Al despuntar el alba, el trinar del mirlo que despertaba a la granja cada mañana no era tan melodioso como era acostumbrado, sino que era diferente. Se trataba de los progenitores del mirlo que estaban llamando a su cría. El pequeño ya tenía las plumas completamente secas y estaba restablecido del susto de la tormenta del día anterior. Ahora sólo deseaba regresar al nido. El granjero abrió la jaula, lo liberó y el voló junto a sus padres.

El granjero solía dejar intencionadamente grano fuera de las jaulas y corrales para que otras aves pudieran alimentarse. Era una manera de tener cerca a los mirlos, a los gorriones y a otras aves que se habían enseñoreado de la vastedad del cielo y que visitaban la granja para llenar el buche.

La liberación de los patos de la granja

Había llegado el día de la liberación de los patos de la granja. Habían sido cuidados por Supermami, su mamá gallina adoptiva, pero había llegado el momento de dejarlos libres en su entorno natural. El granjero se quedó con una pareja de patos a petición de su hija, que se había encariñado muchísimo con estos simpáticos animales, pero el resto serían trasladados a la naturaleza pues la vida en libertad sería la mejor opción.

El granjero no pudo evitar llorar, cuando trataba de capturarlos en el corral de gallinas donde habían sido criados, recordando las anécdotas que había vivido con ellos desde que llegaron a su granja siendo unas crías de pato de tan sólo tres días de vida. Aquél duro momento le enseñaba que cuando nuestros guías de luz nos protegen, también sufren al tener que respetar nuestra libertad y plan de vida. Al igual les resulta a nuestros progenitores. Separarte de los que quieres, no resulta fácil. El granjero había aprendido y disfrutado de los patitos y con ellos se había sentido completamente en paz. Nunca olvidaría su mirada profunda y sus juegos en el corral.

El granjero colocó a los patos en cajas de cartón y los trasladó al mismo lugar donde fueron hallados. Se trataba de una zona rural de campos no cultivados con lagunas naturales. El este entorno había poca presencia humana, hecho que había favorecido que la fauna y la flora de ese lugar aumentara y se diversificara. Las pocas personas que habitaban esos terrenos eran respetuosos con el medio ambiente debido a su conciencia ambiental y ecológica y respetaban y protegían a los animales, potenciando su presencia y permitiéndoles que vivieran en paz. Un río caudaloso atravesaba el lugar y le confería mayor frescura y desarrollo.

La hija del granjero acompañó a su padre en tan señalado día pues, muy emocionada, deseaba compartir con los patitos, aquellos que habían sido sus amiguitos en la granja, este momento tan especial. La hija dejó de llorar al ver la belleza, la espaciosidad y la tranquilidad que se respiraba en esas praderas apacibles y frondosas.

Había en ese lugar que parecía de cuento de hadas, una vieja casona cuyos propietarios estaban acondicionando. Al lado de esta casa había un huerto de frutas y hortalizas, rodeado de fincas y pastos. El lugar era idóneo para los patos. Cerca del huerto había una enorme laguna, con algas, peces y abundancia de insectos, donde los patos fueron hallados por la propietaria de la casa de campo al ser abandonados. Antaño había sido una piscina pero la propietaria había querido seguir conservándola como laguna, para respetar la vida animal y vegetal que albergaban esas transparentes aguas. Esa laguna desprendía una serenidad especial y sus amorosas aguas contribuían a la cría y crecimiento de numerosas

especies acuáticas, algunas de ellas, minúsculas. Los propietarios de ese lugar de naturaleza en estado salvaje habían prometido desde niños contribuir a la preservación de la Madre Tierra, en especial de los reinos animal y vegetal, por lo que habían fundado varias asociaciones de compromiso hacia los ecosistemas naturales.



El granjero y su hija soltaron a los patos ante la laguna, uno de ellos se alzó rápidamente en vuelo, disfrutando de su recién estrenada libertad. En el corral de la granja los patos no habían podido volar, así que no era cuestión de perder el tiempo para saborear la inmensidad del cielo. El pato se alejó rápidamente hasta que desapareció en el horizonte. Sin embargo, el resto de los patos se quedaron en el lago. Disfrutaron nadando, chapoteando y aleteando en el agua tranquila del gran lago, que nada tenía que ver con el pequeño recipiente que el granjero les había preparado a los patos en la granja para que pudieran bañarse. Sin duda, el lago les convenció más. La hija del granjero les dejó grano cerca del lago para que los patos pudieran comerlo, si les apetecía. Era verano y hacía buen tiempo. Los patos tenían tiempo de sobras para adaptarse a la climatología de las diferentes

estaciones y buscar comida. De hecho, en los campos había muchas caracolinas. A los patos les encantaban, ya que les aportaban calcio, las encontraban deliciosas y resultaban fáciles de capturar.



El granjero y su hija regresaron a la granja. La niña a pesar de tener en la granja a su pareja de patos, echaba de menos al resto. Su padre, el granjero, le dijo:

-Hija, los padres debemos aprender a respetar el camino de nuestros hijos. Ellos son libres de marcharse y de hacer su vida, de fallar y de acertar. No podemos sobreprotegerles, sino permitir, aunque nos duela, que se marchen y emprendan su rumbo. No sufras por los patos. Los patos en el campo están bien. Además, allí vuelan y caminan e inspeccionan su nuevo lugar. Para ellos es una aventura divertida. Seguro que ese paraje natural se convertirá en su lugar.

-¿Estás seguro de que estarán bien allí, papá? -le preguntó la niña a su padre.

-Sí, seguro. La naturaleza es su lugar. Allí estarán muy bien. No sufras por ellos -le tranquilizó su padre.

La niña al irse a dormir encendió una vela a su ángel de la guarda y le pidió que protegiera a los patos en el campo, especialmente, esa noche, que era la primera que pasaban fuera de la granja. La hija estaba preocupada porque hacía una noche muy ventosa y sabía que el fuerte viento se llevaría los granos que les dejó a los patos cerca de la laguna.

-Lo dejo todo en tus manos, mi ángel -pensó la niña.

Al cabo de un par de días, la propietaria de la casa de campo se puso en contacto con el granjero y su hija para decirle que los patos liberados estaban bien y seguían en la laguna. A veces, se iban para descubrir el lugar y buscar alimento pero siempre acababan regresando. La niña le preguntó por el montón de grano que ella misma había depositado cerca de la laguna y la propietaria le respondió que seguía ahí, casi intacto, ya que los patos habían comido parte de él.



La niña sabía que eso resultaba casi imposible debido la ventisca que había azotado la zona la primera noche que los patos habían pasado allí. Pero la niña marchó a agradecerle a su ángel que hubiera protegido el montículo de grano para que los patitos pudieran alimentarse de él hasta tener un mayor conocimiento del lugar.



-Gracias, querido ángel, por cuidar de ellos. Por favor, sigue protegiéndolos. Les echo mucho de menos.- le confesó la niña a su ángel en voz baja.

Al regresar del colegio cada tarde, la niña se iba a ver a la pareja de patos del corral y a las gallinas y les daba grano.

-Papá, ¿me dejarás cuidar de ellos a partir de ahora? -le preguntó la chiquilla al granjero.

-¿Por qué? -le preguntó su padre.



-Porque me siento muy bien, cuando estoy con ellos. Mi miran con sus ojitos curiosos. Es como si con ellos pudieras olvidarte del mundo -le respondió la niña a su padre.

-A mí me pasa lo mismo -le respondió su padre, el granjero-. Cuidando de los animales, recibes mucho amor. Puedes cuidar de los patos y las gallinas-.

Por la mañana, la niña se levantaba antes para escaparse unos instantes al jardín de la granja antes de ir al colegio. ¿Por qué? Pues porque cerca del corral de patos y gallinas había un caminito de piedras. La niña levantaba las piedras por la mañana temprano, cuando la tierra todavía estaba fresca y húmeda, pues estaba repleta de lombrices. La niña las tomaba y se las daba a su pareja de patos y también a las gallinas. A la niña le encantaba estar cerca de ellos y ocuparse de su bienestar. La hacía feliz el simple hecho de ver que ellos estaban bien. Y mientras les acercaba al pico las lombrices, la niña se preguntaba qué estarán haciendo los patitos del campo.

Cuento del gnomo para el planeta Tierra

Érase una vez un gnomo que habitaba en un claro de un bosque tan sagrado que era considerado mágico pues albergaba almas pertenecientes al mundo de los seres elementales que contribuían al cuidado del manto verde que cubría la superficie de sus valles. Además, al caminar por el bosque, las emociones se tornaban ligeras como si en cada paso del alma brotaran alas que nos trasladasen a la certeza de saber que estamos allá donde pertenecemos. Las aguas mansas y transparentes del riachuelo, que fluían confiadas en aquel bosque virgen, transmitían una sensación de paz que aquietaba el ser y que conectaba a quienes las bebían con el núcleo del planeta, disfrutando de esa energía roja que emanaba del centro de la tierra mientras les acariciaba y enternecía el corazón a la vez que purificaba sus sentimientos.

El gnomo siempre bebía en el riachuelo al amanecer, cuando las estrellas se escapaban del cielo y la luna se escondía detrás del sol. Con los primeros rayos anaranjados y rosados, su rostro se reflejaba en la superficie como un espejo que le devolvía su imagen soñolienta y fresca en los primeros instantes del día que nacía. Cada nacimiento de un nuevo día al gnomo le parecía un milagro que le emocionaba hasta tal grado que a veces lloraba ante la belleza del nacimiento del astro rey que venía a ejercer su papel de emperador del horizonte. Con lágrimas en los ojos, el gnomo retornaba al árbol donde habitaba y lo abrazaba, esperando escuchar su latido y su dulce voz. Con el juego de luces durante el

transcurso del día se formaba un claroscuro de sombras y luz entre y desde las ramas de los árboles en dirección al suelo húmedo cubierto de musgo, de setas y de hojas secas que el gnomo presenciaba, deleitándose en cada matiz de sus contrastes.

Una cría de conejo andaba perdida por el bosque y se dirigió al gnomo para preguntarle si había visto a su madre.

-Tu mamá debe de estar muy preocupada, buscándote. Desgraciadamente, no la he visto pero llamaré al Hada de los Vientos para que le pregunte al viento donde está.



El gnomo llamó con el aliento al Hada para que ésta contactara con la corriente de aire que en ese momento estaba respirando la mamá del conejito para poder conocer su posición exacta. El Hada de los Vientos percibió enseguida el aliento del gnomo y con el pensamiento le indicó al gnomo donde estaba la mamá conejo. También le dijo que ella misma llevaría al conejito hasta su mamá. En un abrir y cerrar de ojos, el Hada se apareció ante ellos, saludó al gnomo y tomó al conejito entre sus brazos para llevarlo volando hasta su mamá.

-Gracias gnomo, gracias Hada –dijo el conejito.

El gnomo adoraba vivir en el bosque y perderse en la brisa, en la suave corriente de aire que rozaba con sus oídos produciendo un sonido tan relajante que parecía que emanaba del alma de la naturaleza. Lo que más amaba el gnomo era el planeta Tierra, esa esfera de agua y de tierra que le había robado el corazón. Su amiga el Hada de los Vientos le contó una vez que en una anterior encarnación, ella era otro tipo de Hada que habitaba en el Universo y que un día se sentó sobre una estrella para contemplar la paz y la perfección del planeta azul. Era tanta la belleza que ese planeta esférico irradiaba en el Universo, que el Hada se

enamoró de él hasta el punto de desear encarnarse en otra clase de hada que le permitiera habitar en la dimensión de la naturaleza verde de Gaia y de ofrecerle su luz hadada. Y así lo hizo.



El gnomo también había firmado un compromiso con nuestro planeta desde su nacimiento pues su misión era la de proteger a la flora y la fauna en colaboración con otros seres de luz. Por eso el gnomo vivía en el bosque desde siempre y sentía que el techo de estrellas cobijaba sus sueños y que las nubes danzaban con la melodía del trino de los pájaros, mientras hadas, elfos, duendes y ángeles velaban por la humanidad.



Para el gnomo era una bendición habitar el planeta desde el respeto y la concienciación por el entorno natural y los ecosistemas terrestres. El gnomo no concebía su existencia sin el planeta Tierra al cual consideraba como un milagro.

Todos los elementales perciben al planeta como un ser sintiente que merece respirar afecto, comprensión, entendimiento y aspirar la pureza de la luz de quienes lo habitan. Todos emanamos luz de nuestro interior. Es la luz del alma, la luz del ser que debemos consagrar al planeta y manifestarla en forma de actos de respeto, compasión y amor a este planeta que nos ha sido dado por derecho de nacimiento. Es la misma luz de la que los seres elementales son conscientes y de la que todos podemos tomar consciencia en honor a La Tierra y en el nuestro.

